

# Noches siniestras en Mar del Plata

Mario Méndez



## Tarde de lluvia en el Torreón del Monje

Llueve en Mar del Plata y al abuelo Juan no se le ha ocurrido mejor idea que llevar a sus nietas al café del Torreón. Las nenas ven resbalar la lluvia por los ventanales que dan al mar. Se aburren. Sin duda hubieran preferido ir a los jueguitos o al cine, pero el abuelo insistió en que conocieran el Torreón, y las invitó con chocolate y churros porque, aunque sea pleno verano, se ha levantado un aire frío.

El abuelo comprende que las nenas se aburren y entonces empieza a contar. Al principio las dos chicas lo escuchan distraídas. Un ratito después ya tienen los codos en la mesa, los ojos muy abiertos y toda la atención puesta en las palabras y los gestos del abuelo.

—Hace muchos años, ciento setenta o doscientos, antes de que existiera Mar del Plata, lo único que había por acá, además de los indios pampas, que estaban desde siempre, era un convento con unos pocos curas, ubicado en la Laguna de los Padres. En ese asentamiento los curas, que intentaban evangelizar a los pampas, armaron una reducción, como las de Misiones. Aunque les costó

bastante, de a poco fueron albergando a algunos aborígenes que aprendieron a hablar en español, a leer la Biblia y a tallar imágenes religiosas en madera.

”Uno de ellos era Pilmén, un muchacho de unos trece años. Pilmén era alto, fuerte, muy curioso y rápido para aprender. Los curas de la pequeña comunidad estaban contentísimos con él, era su alumno estrella. Lo bautizaron con un nombre cristiano, Juan, pero, para respetar su origen, lo llamaban Juan Pilmén, como si fuera un solo nombre.

”Cierta día, a casi tres años de su incorporación al convento, cuando ya Juan Pilmén era un muchacho que andaba a caballo mejor que nadie, que hablaba el español tan bien como su lengua materna y recitaba, además de algunos pasajes de la Biblia, poesías españolas completas, llegó a la zona un marqués enviado por el rey de España. Se hizo dueño de las tierras, se estableció cerca de la reducción, a orillas de la laguna, y desde allí comenzó a organizar una estancia para criar vacas, con miras a instalar una curtiembre. Para eso, además de los españoles que lo habían acompañado, el marqués pidió a los curas que le consiguieran aborígenes para trabajar con él. Y Juan Pilmén, de puro curioso, fue uno de los primeros en sumarse a la estancia. El marqués pagaba poco y mal, pero algo pagaba, y a Juan Pilmén le gustaba aprender cosas nuevas, así que trabajaba sin queja. Así pasaron otros

dos años, el español armó su curtiembre, empezó a mandar carros cargados de cueros al puerto de Buenos Aires y a ganar buen dinero. Y entonces decidió que ya era hora de traer a su familia a vivir con él. Vinieron su esposa, sus dos hijos pequeños, los criados y, con todos ellos, la niña de sus ojos, su hija mayor, María Rosa.

”María Rosa era una bellísima mujercita de apenas quince años. Su padre se desvivía por ella. Hasta un piano le había traído, un gran piano de cola que había cruzado el mar en barco y las pampas en carro para llegar, sin un rasguño, a la nueva casa americana. Precisamente el drama comenzó un día en que María Rosa tocaba el piano: la magnífica música salía por los ventanales de la casona y Juan Pilmén se acercó hasta ella, hipnotizado. Oyó todo el concierto y luego se asomó para ver de dónde provenían los bellos sonidos. Así se encontró cara a cara con la españolita. Ella clavó sus ojos claros en los renegridos del muchacho. Y algo ocurrió, sin duda. Porque, a partir de ese encuentro, todos los días, sin falta, María Rosa salía a dar largos paseos a caballo por las sierras. Largos paseos en los que, casi siempre, se encontraba a Juan Pilmén, que, como por casualidad, andaba por el mismo rumbo.

”Los dos jóvenes se habían enamorado desde el mismísimo momento en que cruzaron sus miradas por primera vez. Era un amor imposible, por supuesto. De ninguna

manera el marqués iba a aceptar que su pequeña se casara con un indio, por lo que, cuando ella se atrevió a insinuarle lo que pasaba, el padre tuvo un estallido de furia, mandó a su hija a encerrarse en el cuarto y de inmediato despidió al joven, prohibiéndole que se acercara a la estancia, bajo la amenaza de hacerlo matar por los soldados de su guardia.

10 "Tanto María Rosa como Juan Pilmén estaban desolados. Ella no hacía otra cosa que llorar, encerrada en su cuarto, y él vagaba por los campos a caballo, sin pausa. Pero una noche se decidió. Con el caballo de tiro, los cascos envueltos en trapos para que no hicieran ruido, entró en la estancia y golpeó la ventana de su amada.

"—Casémonos en el convento de mis amigos los curas y huyamos. Tu padre ya nos entenderá —le dijo ingenuamente, lleno de amor.

"María Rosa, tan ingenua y enamorada como él, aceptó de inmediato. Juntó unas pocas cosas en un atadito, se descolgó por la ventana y se subió en ancas del caballo blanco. Unos metros más allá de la tranquera montó también Juan Pilmén y ambos se dirigieron al convento. Allí, aun a sabiendas de que era una locura, uno de los jesuitas se atrevió a casarlos, y los jóvenes esposos rumbearon para el lado de la costa.

"A la mañana siguiente, cuando descubrió lo que había pasado, el marqués desató toda su furia.

Mandó llamar a los soldados y se puso al frente del grupo armado.

"—¡Prefiero a mi hija encerrada en un convento antes que casada con un indio! —gritó enloquecido—. ¡Y ese maldito Pilmén es hombre muerto!

"Fue entonces cuando se desencadenó la tragedia. El marqués y sus hombres llegaron a la toltería donde se habían refugiado los esposos, pero ellos, avisados por una vieja india, subieron al caballo y escaparon hacia el mar.

"Hasta aquí llegaron, a esta saliente de rocas donde hoy nos encontramos tomando chocolate".

—¿Y qué pasó? —preguntó un chico, que desde la mesa de al lado había oído la historia con tanto interés como las nietas de don Juan.

El abuelo sonrió. Tomó un sorbito de agua y terminó la historia.

—Cuando llegaron a este lugar, quedaron arrinconados por los soldados, que los apuntaban con sus mosquetes. El marqués les gritó que se entregaran, pero ellos se negaron. Aquí mismo, ante la mirada atónita del padre, María Rosa besó a su esposo y tomándose muy fuerte de su cintura le gritó que saltara. Juan Pilmén espoleó al caballo y desde la altura de las rocas saltaron al mar. Dicen que por un rato se los vio a los tres, la pareja y el noble caballo blanco, luchando contra las olas. Hasta que ya no se los vio.



—¿Y así termina? —preguntó Violeta, una de las nietas, desconsolada.

—No, hay algo más. El padre de María Rosa, enloquecido de dolor y arrepentimiento, mandó a construir este Torreón y se encerró aquí, con unos pocos muebles y el piano de su hija, aunque él no sabía tocar. Y dicen que, durante muchos años, después de su muerte, en las noches sin luna, se oía el sonido de un piano en el Torreón abandonado, acompañado por los relinchos fantasmales de un caballo.

El abuelo terminó la historia. Martina, su otra nieta, lo miró con los ojos grandes.

—¿Es verdad, abuelo?

—Quizá sí, quizá no —respondió el viejo, con la mirada clavada en el piano antiguo que sonaba en un rincón.

Afuera seguía cayendo la lluvia.

loqueleq Argentina